



II

FEDERICO encontró en la esquina de la calle Rumfort, un hotelito, y lo compró; á la vez, el cupé, el caballo, los muebles y dos jardineras tomadas en casa de Arnoux, para ponerlas á los dos lados de la puerta de su salón. Detrás de esta habitación había un cuarto de dormir y un gabinete, en el cual se le ocurrió acomodar á Deslauriers. Pero ¿cómo la recibiría á ella, á su futura amante? La presencia de un amigo, sería molesta. Echó abajo el tabique para agrandar el salón, y del gabinete izo un cuarto de fumar.

Compró los poetas de su predilección, via.

jes, atlas, diccionarios, porque tenía innumerables planes de trabajo; daba prisa á los obreros, corría por los almacenes, y en su impaciencia por gozar, se lo llevaba sin regatear todo.

Según las cuentas de los proveedores, Federico notó que tendría que desembolsar próximamente unas cuarenta mil pesetas, sin incluir los derechos de sucesión, que pasarían de treinta y siete mil. Como su fortuna consistía en bienes territoriales, escribió al notario del Havre que vendiera una parte de ellos, para pagar sus deudas y tener algún dinero á su disposición. Después, queriendo conocer por fin esa cosa vaga, brillante, indefinible que se llama *el mundo*, preguntó por carta á los Dambreuse si podrían recibirle. La señora contestó que esperaba su visita para el día siguiente.

Era noche de recepción. Los cochos paraban en el patio. Dos criadas se precipitaron á la marquesina, y un tercero, en lo alto de la escalera, le precedió.

Atravesó una antesala, una segunda pieza, después un gran salón de ocho ventanas, y cuya monumental chimenea soportaba un reló en forma de esfera, con dos vasos de porcelana, monstruosos, que contenían, como dos matorrales de oro, dos haces de bugías. Cuadros de la escuela del Españolito colgaban de las paredes; los pesados portiers de tapicería caían majes-

tuosamente; y las butacas, las consolas, las mesas, todo el mobiliario, que era de estilo Imperio, tenía algo de imponente y diplomático. Federico sonreía de placer á su pesar.

Por fin, llegó á una habitación ovalada, artesonada en madera rosa, repleta de lindos muebles y que no tenía otro vano que una sola cristalera que daba al jardín. La señora de Dambreuse estaba cerca del fuego, y una docena de personas formaban círculo á su alrededor. Con una frase amable le indicó que se sentara, pero sin aparentar sorpresa por no haberlo visto en tanto tiempo.

Elogiaban, cuando entró, la elocuencia de abate Cœur; después deploraron la inmoralidad de los sirvientes, á propósito de un robo cometido por un ayuda de cámara, y las conversaciones se enredaron. La vieja señora de Sommerly estaba constipada; la señorita de Turvisot se casaba; los Montcharron no regresarían antes de fines de Enero; los Bretancourt, tampoco; ahora la gente prolongaba su estancia en el campo. Y la miseria de las conversaciones se encontraba como más de relieve por el lujo de las cosas ambientes; pero lo que se decía era menos estúpido que la manera de decirlo, sin objeto, sin hilación y sin animación. Había allí, sin embargo, hombres versados en la vida, un antiguo ministro, el cura de una gran

parroquia, dos ó tres altos funcionarios del gobierno, y se entretenían en los más menudos lugares comunes. Algunos parecían señoras nobles, ancianas y cansadas, otros tenían aspecto de chalanés, y los viejos acompañaban á sus mujeres, de las que podían pasar por abuelos.

La señora de Dambreuse recibía graciosa-mente á todo el mundo. En cuanto se hablaba de un enfermo, fruncía el ceño dolorosamente, y adoptaba un aire de contento si se trataba de bailes ó de tertulias. Pronto habría de privarse de concurrir á esas fiestas, porque iba á sacar de la pensión á una sobrina de su marido, huérfana. Exaltaron su sacrificio; aquello era conducirse como verdadera madre de familia.

Federico la observaba. La piel mate de su rostro, parecía tersa y de una frescura sin brillo, como fruto conservado; pero sus cabellos en tirabuzones á la inglesa, eran más finos que la seda, sus ojos de un azul reluciente, todos sus gestos delicados. Sentada allá en el fondo, en el confidente, acariciaba los flecos encarnados de una pantalla japonesa, para hacer valer sus manos, indudablemente: manos largas y estrechas, un tanto delgadas, con los dedos algo doblados por la punta. Vestía un traje moaré gris, cerrado, como una puritana.

Federico le preguntó, si aquél año no iría á la Fortelle; la señora de Dambreuse no lo sabía.

Comprendía él perfectamente que no fuera, pues se aburriría en Nogent. Aumentaban las visitas; era aquello un ruido constante de trajes sobre la alfombra; las señoras en el borde de sus sillas fingían risitas, articulaban dos ó tres frases, y al cabo de cinco minutos hablaban con sus hijas. Pronto la conversación no pudo mantenerse y Federico se retiraba, cuando la señora de Dambreuse le dijo:

—Todos los miércoles; ¿no es eso, Sr. Moreau?—compensando con aquellas palabras toda la indiferencia que había manifestado.

Salió contento. Sin embargo, aspiró en la calle una gran cantidad de aire, y por necesidad de un medio menos artificial, Federico recordó que debía una visita á la Mariscala.

La puerta de la antesala estaba abierta; dos bichillos habaneros acudieron, y una voz gritó: —¡Delfina! ¡Delfina! ¿Es usted Félix?

Quedóse parado; los dos perrillos seguían ladrando. Por fin, se presentó Rosanette, en vuelta en una especie de peinador de muselina blanca guarnecido de encajes, y con los pies desnudos en babuchas.

—¡Ah! perdone usted, caballero. Le tomaba á usted por el peluquero; un minuto, en seguida vengo.

Y él permaneció solo en el comedor, cuyas persianas se hallaban cerradas. Recorriálo Fe-

derico con la vista, acordándose del ruido de la otra noche, cuando observó que en el centro de la mesa había un sombrero de hombre, un fieltro viejo, abollado, grasiento, inmundo. ¿De quién era aquel sombrero? Mostrándose imprudentemente, parecía decir:

—¿Qué me importa, después de todo? yo soy el amo.

La Mariscala sobrevino. Lo cogió, abrió la estufa, lo tiró en ella, volvió á cerrar la puerta (otras puertas al mismo tiempo se abrían y se cerraban), y habiendo hecho pasar á Federico por la cocina, le introdujo en su tocador.

Vefase desde luego, que aquel era el sitio más frecuentado de la casa, y como su verdadero centro moral. Tela persa de grandes follajes tapizaba las paredes, los sillones y un ancho diván de muelles. Sobre una mesa de mármol blanco resaltaban dos grandes jarrones de porcelana azul; placas de cristal formaban un armario, estaban repletas de frascos, cepillos, peines, barras de cosmético, cajas de polvos; en una alta psíquis, ó espejo montado sobre dos columnas, resplandecía la llama de la chimenea; un paño colgaba de la parte de afuera del baño, y perfumes de pasta de almendra y de benjuí se aspiraban.

—Perdone usted el desorden. Esta noche como fuera.

Y al girar sobre sus talones, por poco aplasta á uno de los perrillos. Federico declaró que eran encantadores. Levantóles ella á los dos, y poniendo junto á la cara de Federico su negro hocico, les dijo:

—Vamos, una risita; á besar á este caballero.

Un hombre con levita sucia de cuello de pieles, entró bruscamente.

—Apreciable Félix—dijo ella—el domingo próximo sin falta, quedará arreglado ese negocio.

El hombre se puso á peinarla, dándole noticias de sus amigas: la señora de Rochegune, la señora de San Florentino; la señora de Lombard, todas nobles como en el hotel Dambreuse. Después habló de teatros; por la noche, en el Ambigú, daban una representación extraordinaria.

—¿Irá usted?

—No, por cierto. Me quedo en casa.

Delfina se presentó, riñéndola por haber salido sin su permiso; la otra juró que «volvía del mercado.»

—Bueno; tráigame usted el libro. Lo permite usted, ¿no es verdad?

Y leyendo á media voz el cuaderno, Rosanette hacía observaciones sobre cada artículo. La suma estaba equivocada.

—Devuélvame usted quince céntimos.

Delfina se los dió, y cuando se fué, añadió Rosanette:

—¡Virgen santísima! ¡Qué desgracia es tratar con estas gentes!

A Federico le chocó aquella recriminación, que le recordaba demasiado las otras, y establecía entre las dos casas una especie de igualdad fastidiosa.

Delfina volvió y se acercó á la Mariscala para cuchichear unas palabras á su oído.

—No; no quiero.

Delfina se presentó de nuevo.

—Señora, insiste.

—¡Qué fastidio! Échala fuera.

En aquel mismo momento, una señora vieja, vestida de negro, empujó la puerta. Federico no oyó nada; no vió nada; Rosanette se había precipitado en el cuarto á su encuentro.

Cuando volvió traía la cara roja, y se sentó en uno de los sillones sin hablar. Una lágrima resbaló por su mejilla; y después, volviéndose hácia el joven, le preguntó dulcemente:

—¿Cuál es su nombre de pila de usted?

—Federico.

—¡Ah, Federico! ¿No le molesta á usted que le llame así?

Y le miraba con mimo, más, con amor, cuando de repente lanzó un grito de alegría á

la vista de la señorita Vatnaz. La mujer artista no tenía tiempo que perder, debiendo, como debía, presidir á las seis en punto, su mesa redonda; y venia jadeando, hasta no poder más.

Primero sacó de su ridículo una cadena de reló con un papel, después diferentes objetos, adquisiciones.

—Sabrás que hay en la calle de Joubert guantes de Suecia á diez y ocho pesetas, magníficos. Tu tintorero pide ocho días más. En cuanto al *guipure*, he dicho que se volvería. Bugneaux ha recibido á cuenta. Eso es todo, me parece. Me debes ciento ochenta y cinco pesetas.

Rosanette fué á sacar de un cajón diez napoleones de oro de veinte pesetas; ninguna de ellas dos tenía la vuelta de quince. Federico le ofreció...

—Ya se las devolveré á usted—dijo la Vatnaz, metiendo las quince pesetas en su saco.—Pero es usted una mala persona; yo no le quiero á usted, porque el otro día no me ha sacado usted á bailar ni una sola vez... ¡Ah! querida, he descubierto en una tienda del muelle Voltaire un cuadro de pájaros disecados que son preciosos como amores; en tu lugar los compraría. ¿Cómo encuentras esto?

Y exhibió un retal viejo de seda rosa que

había comprado en el Temple para hacer un jubón Edad Media á Delmar.

—Ha venido hoy, ¿no es verdad?

—No.

—Es singular.

Y después de un minuto, añadió:

—¿A dónde vas esta noche?

—Casa de Alfonsina—dijo Rosanette;—tercera versión de la manera como pensaba pasar la noche.

La señorita Vatnaz preguntó:

—¿Hay algo nuevo del viejo de la Montaña?

Pero por un súbito guiño de los ojos, la Mariscala le mandó callar, y acompañó á Federico hasta la antesala para saber si vería pronto á Arnoux.

—Ruéguele usted que venga; no delante de su mujer, por supuesto.

Junto á la puerta había un paraguas y un par de zuecos, arrimados á la pared.

—Los chanclos de la Vatnaz—dijo Rosanette.—¡Qué piel ¿eh? Es robusta mi amiguita!

Y en tono melodramático, apoyando la última letra de la palabra, añadió:

—No hay que fiar...

Federico, alentado por aquella especie de confianza, quiso besarla el cuello. Ella dijo con frialdad:

— Puede usted hacerlo; eso no cuesta nada.

Sentíase contento al salir de allí, no dudando que la Mariscala sería pronto su amante. Aquel deseo despertó otro; y á pesar de la especie de rencor que le guardaba, tuvo ganas de ver á la señora de Arnoux.

Además, debía ir allá para hacer el encargo de Rosanette.

—Pero ahora, pensó (daban las seis), Arnoux estará indudablemente en su casa.

Y aplazó su visita para el día siguiente.

La encontró en la misma actitud que el primer día, y haciendo una camisa de niño. El chiquillo á sus piés, jugaba con una jaula de fieras de madera; Marta escribía, algo más lejos.

Empezó cumplimentándola respecto de sus hijos; contestando ella sin ninguna necia exajeración maternal.

Tenía el cuarto un aspecto tranquilo; pasaba por los cristales un sol hermoso, relucían las aristas de los muebles, y como la señora de Arnoux se hallaba sentada cerca de la ventana, uno de los rayos dando en los engancha-corazonos ó diablillos ó tolanos de su nuca, penetraba como fluido de oro en su cútis de ambar. —Entonces dijo él:

—Aquí tenemos una personita que ha crecido mucho en estos tres años. ¿Se acuerda usted,

señorita, cuando dormía usted sobre mis rodillas, en el coche?

Marta no se acordaba.

—Una noche volviendo de Saint Cloud.

La señora de Arnoux puso en su mirada singular tristeza. ¿Era para prohibirle toda alusión á su común recuerdo? Sus hermosos ojos negros, cuya esclerótica brillaba, se movían dulcemente bajo sus párpados algo pesados, y en la profundidad de sus pupilas había una infinita bondad. Sintióse él dominado nuevamente por un amor más fuerte que nunca, inmenso; una especie de contemplación le sobrecojía, que sin embargo sacudió. ¿Cómo hacerse valer? ¿Por qué medios? y después de buscar mucho, Federico no encontró nada mejor que el dinero. Se puso á hablar del tiempo, que era menos frío que en el Havre.

—¿Ha estado usted allí?

—Sí, para un negocio... de familia... una herencia.

—Me alegro mucho,—contestó ella con un aire de placer tan verdadero, que él agradeció como un gran servicio.

Preguntóle ella, á seguida, qué pensaba hacer, porque un hombre debía ocuparse en algo. Acordóse él de su mentira y dijo que esperaba llegar al Consejo de Estado, por mediación del Sr. Dambreuse, el diputado.

—¿Le conoce usted quizás?

—De nombre únicamente.

Después, en voz baja, le preguntó:

—¿Le ha llevado á usted *él* al baile la otra noche, no es verdad?

Federico se callaba.

—Eso es lo que quería saber, gracias.

Enseguida le dirigió dos ó tres preguntas discretas acerca de su familia y de su provincia, manifestándole que era muy amable haber permanecido en ella tanto tiempo sin olvidarse.

—¿Podía acaso?—contestó — ¿Lo dudaba usted?

La señora de Arnoux se levantó.

—Creo que nos profesa usted una buena y sólida amistad. Adios... hasta la vista. Y le alargó la mano de una manera franca y viril.

¿No era aquello un compromiso, una promesa? Federico se sentía muy contento de la vida; se contenía para no cantar; tenía necesidad de expansión, de mostrarse generoso, de dar limosnas... Miró á su alrededor si había alguien á quien socorrer; no pasaba ningún menesteroso, y su veleidad de sacrificio se desvaneció, porque no era hombre que buscara lejos la ocasión de realizarlos.

En esto se acordó de sus amigos. El primero en quien pensó fué en Hussonnet, y el se-

gundo Pellerin. La posición ínfima de Deslauriers requería naturalmente consideraciones; en cuanto á Cisy, se alegraba de poder hacerle ver un poco su fortuna. Así es, que escribió á los cuatro para que vinieran á tomar los llaves, como entonces se decía, el domingo siguiente á las once en punto, y encargó á Deslauriers que llevara á Sénecal.

El pasante había sido despedido de su tercer pensionado por no haber aceptado distribución de premios, según costumbre por él mirada como funesta al principio de igualdad. Al presente se hallaba en casa de un constructor de máquinas, y hacía ya seis meses que no vivía con Deslauriers.

Su separación no tuvo nada de penosa. Sénecal, en los últimos tiempos, recibía hombres de blusa, todos patriotas, todos trabajadores todos gentes excelentes, pero cuya compañía parecía fastidiosa al abogado. Además, ciertas ideas de su amigo, muy buenas como armas de guerra, le desagradaban. Callábaselas por ambición, creyendo que por este medio le guiaría, esperando, como esperaba con impaciencia, un gran trastorno, del cual contaba sacar su plaza, hacerse un hueco.

Las convicciones de Sénecal eran más desinteresadas. Todas las noches, cuando su tarea acababa, entraba en su boardilla, y buscaba en

sus libros con qué justificar sus sueños. Había anotado el *Contrato social*; se atiforraba de la *Revista Independiente*; conocía á Mably, Morelly, Fourier, Saint-Simon, Comte, Cabet, Luis Blanc, la extensa carretada de los escritores socialistas, de aquellos que reclaman para la humanidad el nivel de los cuarteles, de los que quisieran divertirla en un lupanar ó doblarla sobre un mostrador. Y de la mezcla de todo eso se había formado un ideal de democracia virtuosa que tenía el doble aspecto de una granja y una industria; una especie de Lacedemonia americana, en que el individuo no existiría más que para servir á la sociedad; más omnipotente, absoluta, infalible y divina que los Grandes Lamas y los Nabucodonosores. Ni una sola duda le ocurría sobre la próxima eventualidad de aquella concepción; y todo lo que le parecía hostil, merecía el encarnizamiento de Sénecal, con razonamientos de geómetra y una buena fé de inquisidor. Los títulos nobiliarios, las cruces, los penachos, las libreas especialmente, y hasta las reputaciones demasiado sonoras, le escandalizaban. Sus estudios y sus sufrimientos avivaban más cada día su odio esencial hacia toda distinción ó superioridad cualquiera.

—¿Qué debo yo á ese caballero para prodigarle atenciones? Si necesitaba de mí, podía venir.

Deslauriers le arrastró. Encontraron á su amigo en su cuarto de dormir. Reposteros y dobles cortinas, luna veneciana, nada faltaba allí; Federico, con una chaqueta de terciopelo, se hallaba recostado en una butaca, fumando cigarrillos de tabaco turco.

Sénécal se puso más sombrío que lo de costumbre, como los beatos á quienes llevan á reuniones de placer. Deslauriers lo observó todo al primer golpe de vista, y saludando muy rendidamente, dijo:

—Presento mis respetos á S. E.

Dussardier le echó los brazos al cuello.

—¿Es usted rico ahora? ¡Tanto mejor, pardiez, tanto mejor!

Cisy se presentó con gasa en el sombrero. Desde la muerte de su abuela, disfrutaba una fortuna importante, y cuidaba menos de divertirse que de distinguirse de los demás; de no ser como todo el mundo; en fin, de «tener *cachet*», esta era su frase.

A todo esto, eran las doce y todos bosteaban; Federico esperaba á alguien. Al nombre de Arnoux, Pellerin torció el gesto, considerándole como un renegado desde que había abandonado las artes.

—Si prescindieramos de él ¿qué dirían ustedes?

Todos asintieron.

Un criado con altas polainas abrió la puerta, y se vió el comedor con su gran plinto de roble con realces de oro y sus dos aparadores cargados de vajilla. Las botellas de vino se calentaban en la estufa; las hojas de los cuchillos nuevos relucían cerca de las ostras; había en el tono nacarado de los vasos de muselina como una suavidad estimulante y la mesa desaparecía cubierta de caza, frutas, cosas extraordinarias. Aquellas atenciones fueron perdidas para Sénécal.

Empezó por pedir pan casero y del más duro posible, y á este propósito habló de los asesinatos de Buzançais y de la crisis de las subsistencias.

Nada de eso habría sucedido si se protegiera más la agricultura, si no estuviera todo entregado á la concurrencia, á la anarquía, á la deplorable máxima del «dejad hacer, dejad pasar.» Así se constituía el feudalismo del dinero, peor que el otro. Pero que tengan cuidado; el pueblo se cansará al fin, y podrá hacer pagar sus sufrimientos á los detentadores del capital, bien por sangrientas proscipciones, ó por el pillaje de sus palacios, grandes ó pequeños.

Federico entrevió en un relámpago una oleada de hombres, con los brazos desnudos, invadiendo el gran salón de la señora de Dam-

breuse, rompiendo los espejos á golpes de pico.

Sénécal continuaba: el obrero, vista la insuficiencia de los salarios, era más despreciado que el ilota, el negro y el pária, sobre todo si tiene hijos.

—¿Se debe desembarazarse de ellos por la asfixia, como lo aconseja no sé qué doctor inglés descendiente de Malthus?

Y volviéndose hácia Cisy, le dijo:

—¿Estaremos reducidos á los consejos del infame Malthus?

Cisy, que ignoraba la infamia, y aun la existencia de Malthus, respondió que sin embargo, se socorrían muchas miserias, y que las clases elevadas...

—¡Ah, las clases elevadas!—dijo con falsa risa el socialista.—En primer lugar, no hay clases elevadas; nadie es elevado sino por el corazón. Nosotros no queremos limosnas, ¿entiende usted? sino la igualdad, el justo reparto de los productos.

Lo que él pedía era que el obrero pudiera llegar á ser capitalista, como el soldado coronel. Los gremios, al menos, al limitar el número de los aprendices, impedían el amontonamiento de los trabajadores y el sentimiento de la fraternidad se hallaba mantenido por las fiestas y los estandartes.

Hussonnet, como poeta, echaba de menos los estandartes; Pellerin también, predilección que nació en el café Dagneaux, oyendo hablar á falansterianos, y declaró que Fourier era un grande hombre.

—¡Vaya!—dijo Deslauriers—un viejo nécio que ve en la destrucción de imperios efectos de la venganza divina. Como el Sr. Saint-Simon y su iglesia, con su ódio á la Revolución francesa: un montón de farsantes que querían restaurar el catolicismo.

El Sr. de Cisy, por ilustrarse, sin duda, ó dar de sí buen concepto, se puso á decir despacio:

—¿Esos dos sabios no son de la opinión de Voltaire?

—Ese se lo entrego á usted—contestó Sénécal.

—¿Cómo? Yo creía...

—No, porque no amaba al pueblo.

Después la conversación descendió á los sucesos contemporáneos: los matrimonios españoles, las dilapidaciones de Rochefort, el nuevo capítulo de Saint-Denis, que produciría un aumento de contribuciones. Según Sénécal, ya se pagaba bastante, sin embargo.

—¿Y para qué, Dios mío? Para levantar palacios á los monos del Museo, hacer formar en parada en nuestras plazas á brillantes Estados

Mayores, ó sostener, entre los criados del Castillo, una etiqueta gótica.

—He leído en *La Moda*—dijo Cisy—que el día de San Fernando, en el baile de las Tulle-rías, todo el mundo iba gallardamente disfrazado.

—¡Si eso no es lastimoso!—dijo el socialista encogiéndose de hombros con disgusto.

—¿Y el Museo de Versalles?—exclamó Pellerin—Hablemos de él. Esos imbéciles han acortado un Delacroix y alargado un Gros. En el Louvre, han restaurado, arañado y revuelto tan bien todos los lienzos, que quizás en diez años no quede uno. En cuanto á los errores del catálogo, un alemán ha escrito sobre ellos todo un libro. Los extranjeros, palabra, se burlan de nosotros.

—Sí; somos la risa de Europa—dijo Sénecal.

—Eso sucede por que el arte se halla enfeudado en la Corona.

—Mientras no tengamos el sufragio universal...

—¡Permítame usted! Porque el artista rechazado hacía veinte años en todos los salones, estaba furioso contra el Poder. Que nos dejen en paz. Yo no pido nada; únicamente las Cámaras deberían estatuir acerca de los intereses del Arte. Sería preciso establecer una cátedra

de estética, cuyo profesor, hombre á la vez práctico y filósofo, llegue, era de esperar, á agrupar la muchedumbre. Hará usted bien, Hussonnet, en decir algo de esto en su periódico.

—¿Es que los periódicos son libres? ¿es que lo somos nosotros?—dijo Deslauriers acalorado.

—Cuando se piensa que puede haber hasta veintiocho formalidades para establecer un barquichuelo en un río, le dan á uno ganas de irse á vivir entre los antropófagos. El Gobierno nos devora. Todo lo tiene, la filosofía, el derecho as artes, el aire del cielo; y la Francia agoniza encorvada, bajo la bota del gendarme y la sotana del clerizonte.

El futuro Mirabeau derramaba así su bilis, grandemente. Por fin cojió su copa, se levantó y el puño en la cadera, el ojo brillante, dijo:

—Bebo á la completa destrucción del orden actual: es decir, de todo lo que se llama privilegio, monopolio, dirección, gerarquía, autoridad, Estado.

Y en voz más alta añadió:

—Que quisiera destruir como destruyo esto—lanzando sobre la mesa el lindo vaso de pié, que se rompió en mil pedazos.

Todos aplaudieron, y Dussardier principalmente.

El espectáculo de las injusticias le hacía sal-

tar el corazón. Se inquietaba por Barbès; era de aquellos que se arrojan debajo de los coches para socorrer á los caballos que se caen. Su erudición se limitaba á dos obras una titulada *Crímenes de los reyes*, la otra, *Misterios del Vaticano*. Había escuchado al abogado con la boca abierta, con deleite. Por fin, no conteniéndose más, dijo:

—Yo, lo que censuro á Luis Felipe es e. abandonar á los polacos.

—Un momento—exclamó Hussonet.—En primer lugar... Polonia no existe; es una invención de Lafayette. Los polacos por regla general, son todos del barrio Saint Marceau, puesto que los verdaderos se ahogaron con Poniatowski. En resumen, él ya no caía en eso, se había curado de todo eso. Todo eso era como la serpiente de mar, la revocación del edicto de Nantes y esa antigua farsa de la Saint-Barthélemy.

Sénécal, sin defender á los polacos, recogió las últimas palabras del literato. Se había calumniado á los papas, que después de todo defendían al pueblo, y llamaba á la Liga la aurora de la Democracia, un gran movimiento igualitario contra el individualismo de los protestantes.

Federico se hallaba un tanto sorprendido con aquellas ideas, que fastidiaban á Cisy, probablemente, por que llevó la conversación á los

cuadros vivos del Gimnasio, que atraían por entonces á mucha gente.

Sénécal se afligió de aquello. Tales espectáculos corrompían á las hijas del proletario; después se las veía ostentar un lujo insolente. Por eso aprobaba á los estudiantes bávaros que habían ultrajado á Lola Montes. A semejanza de Rousseau, hacía más caso de la mujer de un carbonero que de la amante de un rey.

—Bromeais con lo selecto—replicó majestuosamente Hussonnet. Y tomó la defensa de esas señoras, en favor de Rosanette. Luego, como hablara de su baile y del traje de Arnoux, dijo Pellerin:

—Pretenden que se bambolea en sus negocios.

El comerciante de cuadros acaba de tener un proceso por sus terrenos de Belleville, y andaba ahora en una compañía de Kaolin en la baja Bretaña con otro farsante de su especie; Dussardier sabía más de eso, porque su principal el Sr. Moussinot, había ido á informarse respecto de Arnoux cerca del banquero Oscar Lefevre, y este había contestado que lo juzgaba poco sólido, conociendo algunas de sus renovaciones.

Concluyeron los postres y pasaron al salón, tapizado, como el de la Mariscala, de damasco amarillo y en el estilo Luis XVI.

Pellerin censuró á Federico por no haber escogido mejor el estilo neo-griego; Sénecal encendió cerillas frotándolas contra los tapices; Deslauriers no hizo observación alguna, aunque sí de la biblioteca, que llamó biblioteca de señorita.

La mayoría de los literatos contemporáneos se encontraban en ella; pero fué imposible hablar de sus obras, porque Hussonnet, inmediatamente, contaba anécdotas sobre sus personas, criticaba sus figuras, sus costumbres, sus trajes, exaltando los ingenios de décimo quinto orden, denigrando los de primera, y deplorando, por supuesto, la decadencia moderna. Tal cancioncilla de aldeano contenía, por sí sola, más poesía que todos los líricos del siglo XIX; Balzac era ponderado, Byron echado por tierra, Hugo no entendía nada del teatro, etc.

—¿Por qué—decía Sénecal—no tiene usted los volúmenes de nuestros poetas obreros?

Y el señor de Cisy, que se ocupaba de literatura, se admiró de no ver sobre la mesa de Federico algunas de esas fisiologías nuevas, fisiología del fumador, del pescador de caña, del empleado de fronteras.

Llegaron á fastidiarle tanto, que le dieron ganas de echarlos á la calle.

—¡Pero qué estúpido soy!—Y llamando aparte á Dussardier, le preguntó si podía servirle en

algo. Y el excelente muchacho se enterneció. Con su plaza de cajero no necesitaba de nada.

Enseguida, Federico, llevó á Deslauriers á su cuarto, y sacando de su gaveta dos mil pesetas, le dijo:

—Toma, querido amigo, guárdate eso. Es el resto de nuestras cuentas antiguas.

—Pero... ¿y el periódico?—dijo el abogado.—He hablado de él con Hussonnet, ya sabes.

Y Federico contestó que por entonces se encontraba «un poco estrecho». El otro sonrió amargamente.

Después de los licores, se bebió cerveza; después de la cerveza, grogs; se fumaron más pipas, y por fin, á las cinco de la tarde, se fueron todos. Iban unos junto á otros, sin hablar, cuando Dussardier se puso á decir que Federico les había recibido perfectamente. Todos convinieron en ello.

Hussonnet declaró que su almuerzo era un poco pesado; Sénecal criticó la futilidad de su interior; Cisy pensaba lo propio; aquello carecía de *cachet* absolutamente.

—Yo creo—dijo Pellerin—que bien hubiera podido pedirme un cuadro.

Deslauriers se callaba, llevando en los bolsillos de su pantalón sus billetes de Banco.

Federico se quedó solo, pensaba en sus